



CAPÍTULO IV

La evolución histórica de la filosofía natural.

72. En el capítulo anterior hemos bosquejado los contornos del edificio que veíamos surgir de las nieblas de las edades que fueron, con lo cual creemos haber llenado suficientemente el objeto de esta primera sección, destinada á demostrar la razón de ser que asiste á una ciencia que trasciende los límites de los sentidos. Dícenos ahora los empíricos: si fuera posible la filosofía, y ante todo la filosofía natural, ya existiría; y nosotros contestamos: es así que existe; luego es posible.

Creemos, sin embargo, que podemos hacer aún más evidente la vitalidad de la filosofía natural, si mostramos brevemente cuál ha sido su desarrollo histórico, porque el conocimiento del origen de las cosas ayuda singularmente á la inteligencia perfecta de lo que son. Haber inquirido con algún detenimiento la constitución interna de la antigua filosofía natural nos será de gran provecho para la discusión en que más adelante hemos de entrar.

Volvamos, pues, nuestra atención á la historia.

73. Al buscar el origen de la filosofía natural, erraríamos de medio á medio si intentáramos descubrir los vestigios más antiguos de una contemplación más profunda de la naturaleza en aquellas fuentes de donde brota el río caudaloso de las verdades sobrenaturales; pues ni en el Testamento antiguo ni en el nuevo, la revelación divina toca las cimas del pensamiento profano y de la ciencia terrenal. Una disposición singularmente providencial ha cuidado de que la revelación dada al género humano, no en interés de las ciencias físicas, sino para los altísimos fines sobrehumanos, ostentase con toda claridad su carácter sobrenatural, y no pudiese ser mirada como una de tantas fases de la ciencia

meramente humana. Por esta razón hallamos, que á pesar de su afinidad intrínseca con toda verdad, la revelación divina no se aproximó sino en tiempos posteriores á la cumbre del saber, á la que el espíritu humano, valido de sus fuerzas propias, se había encaramado. No es que queramos afirmar que aquel conocimiento más perfecto ó ideal de la naturaleza, que sin duda poseían los progenitores del linaje humano, haya sido borrado sin dejar ningún vestigio, por el ácido corrosivo del primer pecado. Más bien podríamos señalar algunos indicios de que los pueblos orientales han guardado muchos conocimientos naturales como fragmentos conservados de una tradición primitiva perdida, y legados del padre al hijo bajo el velo del misterio. No faltan en particular datos históricos muy significativos que parecen probar que los pitagóricos poseían por esta manera un conocimiento profundo de las leyes actuales, aunque no fuera sino fragmentario¹. Sea de esto lo que fuere, consta que no debemos buscar la tradición, si la hay, de conocimientos profanos de la naturaleza en la corriente que llevaba en su cauce la tradición de las verdades sobrenaturales.

Impórtanos, según ya dijimos, dibujar un retrato correcto de la filosofía aristotélico-escolástica. Debemos pues, echar una mirada á las diferentes fases de la filosofía griega que precedió á la que tiene por fundador al pensador de Estagira. Todo lo que arroja luz sobre esta materia, induce á creer que la filosofía natural cultivada por los griegos, nació, en cuanto á sus partes esenciales, en las mismas comarcas griegas².

§. I

Tres escalas de la abstracción.

74. Cuando los griegos empezaron á meditar por sí mismos sobre la naturaleza de las cosas, repararon, como es fácil de comprender, primero en el aspecto material de lo que iban observando.

Téngase presente que todo ente natural puede ser considerado por dos conceptos distintos. Si se atiende á aquel momento del cual el ente deriva en última instancia su perceptibilidad sensible, no se advierte en él más que la materia. Si nos fijamos empero en aquel otro que da á toda cosa natural su carácter fijo y determi-

¹ Véase acerca de esto A. V. THUMUS (*Harmonikale Symbolik des Alterthums*) Kol. 1876.

² Cf. RIVIER (*Geschichte der Philosophie*) t. p. 250-273; WHEWELL (*Geschichte der inductiven Wissenschaften*), traduc. al alemán por LITTRON, t. p. 32.

nado, adquirimos el concepto de la forma. De estas dos razones de ser de todo ente, es natural que la *materia* parezca como lo más excelente al filósofo principiante é inexperto, que no penetra el fondo de las cosas, y que considere á la *forma* como un accidente que se agrega por cualquier acaso. La materia está, en efecto, más cerca de los sentidos que la perciben, y se manifiesta invariable é indestructible en sí, mientras que la *forma* se presenta desde el principio sujeta á mudanza ¹. Tal fué el criterio de los filósofos jónicos, los cuales se imaginaron ver la causa verdadera, la esencia fundamental de las cosas, no en la forma inestable, sino en la materia permanente, en cuya superficie parece nacer y perecer la forma. La materia lo era todo para ellos. A la pregunta que luego ocurre, de dónde las diferentes materias determinadas hayan tomado su origen, respondieron señalando este ó aquel elemento como el principio primitivo é indefinido de que todas las cosas han nacido. Todo cuanto excedía de la materia quedó inobservado por estos filósofos naturales, entre los que descollaron como tales ANAXIMANDRO y ANAXÍMENES ².

75. Después de haberse establecido por los Jonios la *causa materialis* como reina soberana de la naturaleza, HERÁCLITO dió un paso hácia la *causa efficiens*. Este filósofo se fijó en las inmudaciones sensibles de las cosas, y estableció, por tanto, el mudar continuo (*feri*) como principio de las cosas, insistiendo en este proceso de generación nunca interrumpida, de tal suerte, que parece sumergirse en él todo lo que es.

Nada firme ni persistente hay, según él, en la naturaleza, sino todo es arrastrado sin reposo como por una corriente en la cual siempre nuevas olas pasan por delante de las orillas, de manera que la corriente en que hemos bajado, es la misma, y no es la misma. Este movimiento puro y no impedido lo halla HERÁCLITO en el fuego, acusando á los ojos y oídos de falaces porque fingen á menudo persistencia donde no hay sino mudanza incesante.

¹ Santo Tomás hace acerca de esto la acertada observación que sigue:

«Secundum ordinem cognitionis humana processerunt antiqui in consideratione natura rerum. Unde cum cognitio humana a sensu incipiens in intellectum perveniat, priores philosophi circa sensibilia fuerunt occupati, et ex his paulatim in intelligibilia pervenerunt. Et quia accidentales forme sunt secundum se sensibiles, non autem substantiales, ideo primi philosophi omnes formas accidentia esse dixerunt et solum materiam esse substantiam. Et quia substantia sufficit ad hoc, quod sit accidentium causa, quae ex principis substantiae causantur, inde est, quod primi philosophi praeter materiam nullam aliam causam posuerunt; sed ex ea causari dicebant omnia, quae in rebus sensibilibus provenire videntur; unde ponere cogebantur materia causam non esse, et negare totaliter causam efficientem.» Quaest. disput. q. 3, de pot. a 5.

² Parece que Tales con intuición de poeta concibió todas las cosas como vivas y personificó las fuerzas por analogía con el alma humana, creyendo ver en la vida de la naturaleza que esta se hallaba llena de dioses.

76. Los filósofos pitagóricos dirigieron su mirada escudriñadora hacia otro punto, fijándola ante todo en la determinación cuantitativa de las cosas y fenómenos y de sus relaciones en cuanto pueden ser expresadas por el número y la medida. «Dedicados primero á las matemáticas,», dice ARISTÓTELES, «las cultivaron, y habiéndose adelantado en ellas, tuvieron los principios de estas por los de todos los entes. Siendo, pues, para ellos los números lo primero por su naturaleza, creyeron hallar en los números muchas semejanzas con lo que nace y es.» Los pitagóricos contemplaban, según esto, las cosas materiales en cuanto son objeto de la reflexión, según las relaciones cuantitativas y sus cambios regulados con precisión matemática, encontrando en ellas un principio que las rige según normas determinadas,—lo *normal*—del cual hacían proceder toda cualidad de los fenómenos y existencias, la constitución medida y calculada de todo lo que existe, y las maravillas de armonía y proporción que nos asombran en la disposición de las cosas naturales. Mientras que los jonios hacían consistir la esencia de todo lo existente en la materia, á la cual todas las formas se adherían como accidentes efectivos y casuales, los pitagóricos asentaron el verdadero sér de las cosas en un principio legislativo y sujeto á normas determinadas, aunque sin salir de la esfera de los conceptos matemáticos que eran tan familiares á sus estudios. Como vieran que de la destrucción de una forma fenoménica en la naturaleza resulta siempre otra nueva por modo matemáticamente determinado, y que en la mudanza de las cosas vuelve siempre á elevarse triunfante la regularidad matemática, se emanciparon de la materia lo bastante para suponer un momento *formal*, ó sea una razón que determinase la esencia de las cosas, siendo natural que el número, que era su idea predilecta, les pareciese llenar mejor las condiciones de tal razón.

De qué manera se hubieron con la materia, si la desatendieron por completo, ó (lo que más verosímil parece) la reconocieron como principio extensivo, y por tanto divisible y calculable, cuestión es en que disienten los historiadores de la filosofía. La parcialidad doblemente censurable de la doctrina de la escuela pitagórica consiste en que no dejaba valer nada sino por su lado formal, ni éste sino por su significación matemática. De esta manera los adeptos de Pitágoras llegaron á proclamar el número como esencia única de las cosas, y el mismo número, elevado á la categoría de substancia, como el principio constitutivo é informante de las mismas. Si se toma en cuenta también que los pitagóricos mismos muy á menudo erraban en la interpretación de las doctrinas de su escuela, envueltas en signos simbólicos, y que no pocas veces, embelesados por las proporciones que dominan en el reino de los nú-

meros, aplicaban sus teoremas á caprichos arbitrarios, se comprenderá que hubieran de provocar la oposición precisamente de los filósofos posteriores que pedían con más energía se diera á todo el sistema natural por base la observación y experiencia de los hechos, uno por uno. Sin embargo, sólo un espíritu ofuscado con las brumas del materialismo osará negar todo valor á la insistencia con que los pitagóricos exigían un principio legislador y regulativo en las cosas materiales, sobre todo en estos tiempos en que se disuelve toda ciencia en matemáticas y en que se quisiera hallar la comprensión de todo en el cálculo.

77. Los filósofos de la escuela eleática se remontaron á un grado todavía más alto. Los filósofos de la escuela jónica sólo habían prescindido del carácter directamente dado y determinado de las cosas y fijado su atención en aquel algo indefinido (*ἀσπερον*) del cual las cosas determinadas habían nacido. Los pitagóricos contemplaron el mundo corpóreo por el lado de sus determinaciones y relaciones cuantitativas, ocupándose de las formas invariables y haciendo abstracción de las modificaciones que sufren las cosas naturales. Los eleatas se desentendieron aun de las medidas y relaciones cuantitativas de los entes materiales, y escogieron por objeto de sus meditaciones aquel entre sus aspectos que trasciende sobre la experiencia sensitiva (lo *metafísico*), tratando de averiguar el sér ó la esencia de las cosas, libre de la materia y de sus fenómenos y leyes. Como la cantidad, la pluralidad, la distinción y aun la generación que parece desarrollarse por trámites millones de veces entrelazados en el mundo abigarrado de los fenómenos, les parecieran una madeja de inextricables contradicciones, apartaron su vista de los fenómenos de la experiencia sensitiva teniéndolos por engañosos, y se dedicaron á la reflexión pura. Si pues los pitagóricos habían puesto todo sér en la forma del sér extenso y temporal, los eleatas negaron en primer término toda razón de espacio y sucesión. A la teoría de HERÁCLITO: "Nada es, todo se hace," los eleatas opusieron esta otra: "Nada se hace, todo es..." XENÓFANES pretendió demostrar la unidad y la invariabilidad del sér. PARMÉNIDES trató de probar cómo era posible el tránsito del no sér al sér que se verifica cuando una cosa se hace, ya que el no sér no podría pensarse cuando se excluyera del sér toda variabilidad y movimiento, todo nacer y perecer, toda divisibilidad y diferencia, toda extensión y pluralidad, toda dimensión de espacio y de tiempo. El sér de PARMÉNIDES es innato é inmutable, indivisible é inmenso, uniforme y simple, eterno y omnipresente; su carácter positivo es el pensar, siendo uno el sér y el pensar. Al lado de este sér, PARMÉNIDES deja existir el no sér como lo material, el mundo aparente, sobre el cual, dice, no puede expo-

ner ninguna verdad, sino solamente emitir su opinión tal como la percepción, aunque engañosa, efectiva de los sentidos se la imponía, habiéndose de considerar las cosas aparentes del mundo exterior como engendradas de dos elementos invariables, el elemento caliente y el privado de calor, y por tanto en cierto modo compuestas del sér y del no sér.

El eleata ZENÓN, desenvolviendo con consecuencia la doctrina de su maestro PARMÉNIDES, redujo como quien volatiliza un cuerpo sólido, el mundo visible á la nada, tomándose la molestia de hacer constar por artificios dialécticos las contradicciones que particularmente la pluralidad, variabilidad y divisibilidad del sér implicaban á su entender.

78. En las filosofías que hasta ahora hemos examinado, tenemos que consignar tres clases de errores nacidos de la exageración de principios diversos. Los jónicos, incluso HERÁCLITO, se fijaron en el objeto de la percepción sensitiva, ó sea en las cosas como se presentan por su aspecto material, contentándose con preguntar de qué materia indeterminada habían nacido las cosas determinadas, sin dedicar atención á ninguna de sus determinaciones. El error que padecían los pitagóricos, consistió en que al contemplar la determinación normal de las cosas, perdían de vista la materia y su variabilidad, y en que veían toda la determinación de las cosas en las realidades matemáticas, y desconocían la metafísica propiamente dicha. En cuanto á los eleatas, tienen el mérito de haber acentuado por primera vez en la filosofía griega, que no debía buscarse la esencia propia de las cosas en lo que es accesible de por sí á los sentidos, y que había oculto en las cosas un sér que sólo por el entendimiento podía ser comprendido. Mas la exageración de esta idea fecunda les hizo caer en el error que caracteriza su escuela. Atreviéndose á negar toda determinación finita, toda variabilidad, toda extensión, en suma, toda existencia simultánea y consecutiva de las cosas, declararon vana apariencia y engañoso ensueño todo el vasto mundo de la experiencia (la *materia sensibilis*) del cual se ocupan las ciencias físicas, y todo el dilatado imperio que dominan las matemáticas (la *materia intelligibilis*), atentando así contra la realidad innegable, y despreciando el convencimiento natural de todos los hombres. Por esto, cuando el eleata ZENÓN demostraba la imposibilidad del movimiento, lo refutó DIÓGENES dando con aire burlón brincos delante del sutil argumentador.

§. II

La explicación mecánica de la naturaleza.

79. Sin dejarse alucinar por los resultados especulativos de los eleatas sobre la nulidad de las cosas sensibles, otros volvieron al problema de la explicación de la naturaleza. Tal vez deba atribuirse á influencia eleática el que los filósofos siguientes, EMPÉDOCLES, ANAXÁGORAS y DEMÓCRITO continuaran, con mayor precisión en los conceptos, los trabajos de la investigación filosófica. Acaso también se deba á la autoridad de los filósofos de Elea el que sus sucesores distinguiesen lo permanente en las cosas, su substancia, de la sucesión de los fenómenos deleznales.

Mientras que los eleatas habían llegado á un monismo (ó pan-teísmo) absorbente por el ardor exagerado con que, atrincherados en la reflexión con desprecio de la experiencia, insistían sobre la unidad é invariabilidad del sér, los filósofos ya mencionados reconocieron la necesidad de la experiencia, teniéndose por persuadidos de que ésta nos ponía en contacto con un mundo real. De esta enérgica acentuación de la realidad del mundo sensible, de la materia en primera línea, resultó de nuevo el problema fundamental de toda filosofía natural, aquel que examina de qué y por qué las cosas naturales han sido hechas. Si se atendía á los procesos que la naturaleza presentaba á la experiencia, también esta cuestión había de aproximarse á su solución. Los filósofos citados convienen en que, en oposición á los eleatas, reconocieron la pluralidad en las substancias mismas del mundo. Ellos tienen la gloria de haber señalado aquellos momentos de la realidad que en todo tiempo pueden ser alegados con fuerza insuperable contra el monismo extravagante de algunos más bien soñadores que pensadores, á saber: la distinción y diferencia de las cosas cuya realidad es imposible disputar mientras no se ponga en tela de juicio la veracidad de las percepciones inmediatas de nuestros sentidos. Donde hay muchas cosas, la unidad no puede menos de tener límites.

80. EMPÉDOCLES se preguntó, así como los filósofos de la Jonia, de qué habían nacido las cosas. Dirigiendo su mirada á las propiedades físicas de las cosas, presenta la tierra, el agua, el aire y el fuego como los cuatro elementos fundamentales que sin transformarse nunca el uno en el otro, por mera mezcla y descomposición producían la variedad de las cosas naturales. La inmutabilidad constante de los cuatro elementos es peculiar á este sistema

como ingrediente tomado de la escuela eleática. La substancialidad de las cosas corresponde exclusivamente á la materia, es decir, á aquello de que habían nacido. EMPÉDOCLES reconoció con HERÁCLITO la realidad de las variaciones, pero no las concibió como un principio inherente á la materia, sino solamente como fuerza motriz de la materia, ó bien como una cualidad de la misma, que en su lenguaje lleno de afecto y poesía, designa como amor y odio, derivando de su acción respectiva toda asociación y disociación de los elementos. La influencia de la filosofía pitagórica se nota en que EMPÉDOCLES probó reducir las proporciones de mezcla á determinaciones aritméticas.

81. Como EMPÉDOCLES, así también ANAXÁGORAS admitió la mutabilidad accidental de las cosas, negando, empero, que se haga nada en el sentido propio del término. También él opinaba que todos los procesos naturales se resumían totalmente en la asociación y disociación de las materias, de por sí invariables. No contento, sin embargo, con cuatro elementos que fuesen como las cuatro raíces de las cosas, sostenía que la multitud de los fenómenos, que sin cesar pasan por innumerables cambios, requería, para ser explicable, también un número infinito de materias primitivas ó semillas, distintas por su esencia. Sólo con tal que se supusiera que todo nacía de todo mediante alternada mezcla y separación, podía, según él, concebirse la infinita variedad de los fenómenos que, revestidos de formas mil, se agitan y confunden en incesante torbellino. Pero, ¿cómo se concibe que haya surgido la maravillosa armonía del Universo del caos primitivo? Para responder á esta pregunta, ANAXÁGORAS da un paso más adelante, según veremos más tarde.

82. LEUCIPO y su discípulo DEMÓCRITO insistieron particularmente en que la composición y descomposición de los diferentes elementos suponían un movimiento que no podía concebirse sin espacio vacío. Mientras que EMPÉDOCLES y ANAXÁGORAS creían deber admitir elementos primitivos que fuesen desemejantes en razón de la cualidad, éstos eran de parecer que la desigualdad debía limitarse á la cantidad, sosteniendo que eran homogéneos por su calidad los invariables elementos primitivos. Estos debían, por tanto, calificarse de partículas de materia—átomos—impenetrables, extensas, pero indivisibles y distintas entre sí únicamente en razón de su magnitud, figura y peso. En este supuesto, el espacio vacío es un postulado indispensable no sólo para que los átomos tengan donde moverse, sino también para que los cuerpos puedan condensarse y dilatarse. El mundo consiste, pues, según este sistema, en lo que tiene de positivo, en infinito número de átomos en movimiento desde la eternidad, y en lo que tiene no ser, de espacio

vacío é infinitamente grande, siendo de notar que los atomistas mismos atribuían con todo realidad objetiva al espacio, concibiéndolo á manera de un receptáculo ilimitado.

83. Es innegable que el interés que se había despertado en los pensadores griegos, sazón, por el lado que acabamos de tocar, frutos que no han dejado de ser provechosos para la ciencia. Cuando la observación reflexiva se detiene en el lado material de los hechos naturales, es fuerza que se haga cargo de dos conceptos: el de una medida mínima, calificada de fija é inmutable, que sirva para determinar las relaciones dimensionales, y el del movimiento ó del cambio de lugar, surgiendo de la combinación de ambos como tercero el concepto de la divisibilidad de las cosas, el cual parece necesario para que el movimiento pueda efectuarse por todas dimensiones, si bien tiene su límite en aquellas unidades métricas concebidas como invariables. El atomismo griego, representado por LEUCIRO y DEMÓCRITO, tiene el mérito inmortal de haber reconocido y apreciado como se debe la importancia de la divisibilidad y del movimiento para la explicación de los fenómenos naturales. No por eso dejó este sistema del mundo de adolecer de gravísimos defectos. Como quiera que no es oportuno dentro del plan que nos hemos propuesto seguir en esta discusión, hacer aquí una crítica cabal del atomismo, recordamos solamente cómo la preferencia exclusiva que en el concepto de estos dos filósofos tenían las modificaciones sensibles, fijó su consideración en las razones externas de movimiento, de extensión y lugar, cual si todo en el mundo no fuese sino extensión movida de un lugar á otro. El ser hechas las cosas, como paso del no sér al sér, es representado por ellos como mera transición del vacío al lleno. El vacío y el lleno son los dos elementos de todas las cosas, sin que el vacío, ó lo que *no es*, ceda nada en cuanto á realidad al lleno, ó sea á lo que *es*. La linda ocurrencia del Barón de Münchhausen, según la que se pueden hacer cañones tomando un agujero y fundiendo cobre al rededor del hueco, sería la fórmula y concepto más eximio de los atomistas griegos. Todo lo demás se niega, y las diferencias de las cosas no consisten sino en la formación, agrupación y posición externas. Tomándose la *divisibilidad* sin más examen por *división* primitiva y constante, se formó el concepto del átomo como del principio mínimo é invariable de todo lo existente. De esta manera el atomismo descendió en los puntos esenciales al sistema de los jonios, solo que los atomistas daban por no existente lo que los pensadores de Jonia habían ignorado. Quisiéramos recordar también que aquellos filósofos atomistas dejaron de sacar las consecuencias de la diversidad que en la naturaleza se encuentra. De haberlas sacado, hubieran debido comprender que lo distinto y lo desemejan-

no podía ser de ninguna manera lo primitivo y absoluto, dadas las cualidades que le son inherentes por necesidad, de cosas limitadas, variables y condicionales. El atomismo se quedó estacionado en la pluralidad. Mas la filosofía que no reduce todo lo existente á un principio primitivo, real y uniforme, del cual todo haya recibido su esencia y existencia, es cuando menos una filosofía que no tiene cabeza.

§. III

El fin.

84. Antes de proseguir en nuestra exposición, debemos preguntarle en qué actitud se colocó la filosofía hasta ahora discutida respecto de la idea del fin; idea que tan importante papel hace en la filosofía platónico-aristotélica.

A EMPÉDOLES le toca la honra de haber atendido el primero á la sabia disposición de las formaciones naturales, de las orgánicas, por supuesto, en primera línea. Él fué el primero que se preguntó: ¿Qué origen tiene la conveniencia ó proporción final? Ahora, ¿cuál fué la solución que dió á este problema? Por primera vez, dice, no salieron formas convenientes de la lucha que las dos fuerzas hostiles, el odio y el amor, habían entablado entre todos los elementos separados, sino que el ciego azar del acaso engendró seres revestidos de las formas más caprichosas, algunas convenientes entre muchas inconvenientes; pero las que eran menos aptas para la existencia, fueron sucumbiendo para hacer lugar á formas más idóneas. EMPÉDOLES reduce, como se vé, la generación de todas las cosas á aquel ciego instinto con que las cosas ora se buscan, ora se huyen mutuamente, acaeciendo sin razón particular que se manifestase el orden ó disposición al fin.

85. Si EMPÉDOLES había sido el primero en llamar la atención de los filósofos sobre la *conveniencia para un fin*—ó sea el momento *teleológico*¹ en las cosas—ANAXÁGORAS fué entre los pensadores de Grecia el primero que estableció como principio de la explicación de la naturaleza, la *causa finalis*, ó sea la *tendencia á un fin*. Según él, cuando todas las cosas eran todavía una masa confusa, vino la razón é hizo de ella mundos ordenados. Todo proceso de variación, dice, es dirigido por la inteligencia, de suerte que ella es la que causa la revolución de los elementos. La razón

¹ τέλος (telos)=el fin.

empezó la variación por lo pequeño; después la causó mayor, y cada vez la aumentará más. Lo que se mezcla, se segrega y se desprende, todo lo reconoce la razón, lo futuro, lo que ha sido, lo que es y será. Según refiere ARISTÓTELES, la doctrina de ANAXÁGORAS fué acogida con grande asombro. "Cuando alguien dijo que la razón era en la naturaleza, así como en los seres animados, la causa de todo orden en el mundo, aparecía como quien habla sin haber bebido, cuando sus juicios se comparan con las suposiciones de los anteriores, indiscretas como las de un ebrio.. ANAXÁGORAS no ha pasado de la mera distinción entre la materia y el $\nu\omicron\varsigma$ (razón), ni de la expresión escueta de que hemos de ver en aquella el elemento movido, y en éste el principio que mueve. Así, puesto que no determinó en qué consistía la diferencia, sino cómo se efectuaba el movimiento, el $\nu\omicron\varsigma$ figura en su sistema como un *Deus ex machina*. Por eso dice ARISTÓTELES que "ANAXÁGORAS daba á menudo buenos golpes (donde aduce las dos causas, la materia y la intención final), pero que hablaba como quien no sabe lo que dice, pues hacía poco ó ningún uso de estos dos principios".¹

86. DEMÓCRITO impugnó expresamente el $\nu\omicron\varsigma$ de ANAXÁGORAS, sosteniendo que todo el mundo se explica perfectamente por una necesidad forzosa residente en los átomos movidos ($\acute{\alpha}\tau\omicron\mu\omicron\varsigma$). Refiérese que llamó á esta necesidad expresamente $\tau\acute{\iota}\lambda\eta$ (suerte fatal) por oposición al principio racional de ANAXÁGORAS.

SÓCRATES fué de los que con más energía insistieron sobre la causa final al lado de la mecánica. No fué filósofo natural; pero sus tendencias éticas le hicieron dar con la idea del fin, circunstancia que no podía dejar de influir en la especulación física. Las ideas teleológicas colocaron á SÓCRATES en una actitud hacia el mecanicismo de los atomistas que hubo de ser muy parecida á la que tomó LEIBNIZ en tiempos posteriores respecto de la filosofía natural cartesiana.²

87. Por lo que hace á la significación de las doctrinas cuyos rasgos principales acabamos de bosquejar, es cierto que ANAXÁGORAS fué demasiado allá cuando estableció, sin más distinción, el principio teleológico que se manifiesta en el mundo, como princi-

¹ *Metaphis.*, l. 1, cap. 4, p. 982.^a

² Cuando Leibniz estaba á punto de emanciparse de la filosofía cartesiana (en el año 1687), escribió á Bayle:

"Bien loin d'exclure les causes finales et la considération d'un être agissant avec sagesse, c'est de là qu'il faut tout déduire en Physique. C'est ce que Socrate dans le *Phédon* de Platon a déjà admirablement bien remarqué, en raisonnant contre Anaxagore et autres Philosophes très matériels lesquels, après avoir reconnu d'abord un principe intelligent au-dessus de la matière, ne l'employoient point, quand ils viennent à philosopher sur l'univers, et au lieu de faire voir, que cette intelligence fait tout pour le mieux, et que c'est là la raison des choses, qu'elle a trouvé bon de produire confor-

pio racional uno é immanente en el universo. Por lo demás, el dualismo adivinado por este filósofo, del principio mecánico y del teleológico, ha llegado á ser más adelante la propiedad permanente y hasta la columna fundamental de la filosofía antigua.

Lo que va de DEMÓCRITO á ANAXÁGORAS, va de la ciencia moderna á la filosofía de los tiempos medios. La ciencia moderna se vanagloria de saber explicar todos los procesos naturales plena y satisfactoriamente, sin recurrir á tendencias immanentes, nada más que por leyes mecánicas. Sin embargo, estas voces de triunfo que resuenan en nuestro siglo, tienen por causa una equivocación enorme. Créese que sólo por hallar alguna salida se echaba mano de las causas finales siempre que se ignoraban las causas mecánicas de un fenómeno, de suerte que la explicación teleológica de la naturaleza se caracterizaría desde luego como un proceder inventado para ocultar la falta del saber preciso, y aun para dar pábulo á la ignorancia, oscureciendo el hecho de la insuficiencia de lo que sabemos. Los que juzgan así, desconocen que no se quiere incluir la causa final nunca ni en ninguna parte en la serie eslabonada de las causas mecánicas, puesto que pertenece á un orden esencialmente distinto, y por decirlo así, corre por encima de la causalidad mecánica y paralela á ella. La causa mecánica la puedo conocer bien, sin que sepa nada de la causa final; y al revés, puedo haber descubierto la causa final é ignorar la mecánica. El que ve funcionar una máquina, no ignora tal vez el objeto de un molinete cuya confección mecánica no ha llegado nunca á conocer; y el obrero que hizo el molinete sabrá todos los pormenores de su hechura, sin que tenga una idea del fin para que esta pieza se destina en el conjunto de la máquina. Háse dicho á menudo que no podíamos formar ninguna imagen ó representación de la causa final. Ciertamente nuestra facultad representativa no puede formar ninguna imagen sino de lo que existe con extensión geométrica ó se efectúa mediante la locomoción. Si-guese, pues, de la imposibilidad de representarnos la causa final, que no debe ser entendida como golpe ó presión ú otra cosa cualquiera que implique relaciones formales de extensión ó locomoción; pero no se sigue de ahí que carezca de realidad. En otro lu-

mement à ses fins, lâchant d'expliquer tout par le seul concours des particules brutes, confondant les conditions et les instruments avec la véritable cause. C'est (dit Socrate) comme si pour rendre raison de ce que je suis assis dans la prison attendant la coupe fatale, et que je ne suis pas en chemin pour aller chez les Péloviens ou autres peuples, où l'on sait que j'aurais pu me sauver, on disait, que c'est parceque j'ai des os, des tendons et des muscles, qui se peuvent plier comme il faut pour être assis. Ma foi (dit-il) ces os et ces muscles ne seraient pas ici, et vous ne me serviriez pas en cette posture, si mon esprit n'avait jugé qu'il est plus digne de Socrate de subir ce que les lois de la patrie ordonnent. (ERDMANN, p. 106.)

gar tendremos que ocuparnos detenidamente de la aversión a las causas finales, que es grave padecimiento de los sabios contemporáneos. Esta antipatía está unida por lazos íntimos con las tendencias atéticas de la edad presente. Por ahora nos basta haber recordado en la advertencia que acabamos de hacer, que no hay motivo para rechazar a *limine* del terreno científico la concepción teleológica tal como disfrutaba el derecho de ciudadanía en la antigua filosofía. La idea teleológica, sin embargo, introducida por EMPÉDOCLES en la filosofía griega y preparada por ANAXÁGORAS para su acuñación definitiva, no será claramente expresada sino por la filosofía de SÓCRATES, PLATÓN y ARISTÓTELES.

§. IV

La filosofía de las ideas.

88. Suélese terminar con DEMÓCRITO el primer período de la filosofía natural griega. La filosofía de las "ideas", ó de la "sofística", que le sucede, se ocupó más del sujeto cognoscitivo, y ensayó una especie de teoría del conocimiento, sin contribuir directamente con ningún dato importante al aumento del saber exacto de la naturaleza. Toda su filosofía se consumaba en aquella dialéctica que en nada estima á la verdad objetiva, y en la habilidad para defender con argumentos especiosos la proposición más errónea. Las consecuencias del sistema fueron el escepticismo y la frivolidad del nihilismo. Corrupción tan honda provocó una reacción entre todos los elementos nobles de la naturaleza humana, y SÓCRATES fué quien hubo de personificarla en la historia.

SÓCRATES tenía singular empeño en que el conocimiento y el saber del hombre recobrasen el crédito que habían perdido por culpa de los que habían cultivado el sofisma. Para lograr este noble fin, fijó la vista ante todo en el objeto verdadero de nuestra facultad intelectual. Para aniquilar la duda escéptica, dió principio á la investigación con aquella duda inquisitiva que es la primera condición preliminar de todo verdadero exámen y saber. Si los sofistas habían dicho "No hay verdad, porque á toda opinión se puede oponer otra con igual razón", SÓCRATES dijo: "Verdadera es aquella opinión á la que no se puede oponer otra con igual razón, ó bien aquella en la que consienten los hombres." Pero, ¿dónde hemos de encontrar estos juicios á que todos asienten? Entre los hombres, preguntándoles y explorándolos. Por esta razón, SÓCRATES acostumbraba procurar entenderse con sus amigos sobre

los verdaderos conceptos de las cosas. Esto hacía, pasando de lo particular á lo universal por el método inductivo. "Buscaba, observa ARISTÓTELES, hábilmente *lo que es*., (*τὸ τί ἐστίν*), esto es, la idea perdurable por oposición á la apariencia transitoria; pues se aplicaba á la demostración mediante la conclusión (*συλλογισμὸς*), cuya base necesaria consiste en *lo que es*., "Dos cosas, prosigue el Estagirita, se deben á SÓCRATES, según todos reconocen: el procedimiento inductivo (*ἀπὸ τῶν αἰσθησίων λόγος*) y la determinación de lo universal, bases ambas de la ciencia". No es preciso que entremos aquí en la discusión de cuanto de bueno y de erróneo hay en el procedimiento socrático. Impórtanos sólo tener presente que SÓCRATES fué el primero que señaló clara y distintamente lo uno, lo universal, permanente y fijo, que puede, por decir así, sacarse del mar agitado de las diversas opiniones, y ya no buscaba los juicios universales por ellos mismos, sino porque en ellos se reflejaba el verdadero y determinado sér de las cosas, la verdad y la realidad.

Aunque no fué filósofo natural, SÓCRATES, con su manera peculiar de filosofar, puso de relieve ideas que son de importancia fundamental en la filosofía natural. Entre estas contamos la idea del fin¹, la idea teleológica.

89. Del socratismo nació la filosofía de Platón. Este maravilloso genio procuró dar valor á la realidad objetiva del objeto del pensamiento humano, que es lo mismo que SÓCRATES había ya presentado como lo verdadero y lo existente. PLATÓN llamó *εἶδος*: ó *ἰδέα*, forma, imagen, modelo primitivo, á la causa de aquello en que las cosas no sufrían variación y se parecían entre sí de modo determinado. Partía oportunamente del punto de vista de que el pensar es intuición de lo que *es*, y que por tanto la necesidad de *pensar* implica una necesidad de *ser*, axioma al cual la humanidad pensadora no renunciará jamás, haga cuantas objeciones quiera la ciencia moderna, porque sólo en este caso los hombres podemos librarnos del baldón de estar destinados por naturaleza á ser una raza de locos. Desarrollando lógicamente este pensamiento, PLATÓN declaró que lo universal, ó digase lo que corresponde de comun á varias cosas en virtud de su naturaleza, y por tanto siempre y necesariamente es pensado en el concepto de ellas, era la esencia de las cosas, á la cual sola hay que atribuir un sér primitivo y cabal, y á cuyo lado el sér de la materia en las diferentes cosas equivale á la nada. Los entes individuales no habían de nacer sino por una limitación de aquel sér, ó

¹ *Metaph.*, I. II (13) c. 4.

² De *εἶδος*, en griego=fin viene *teleología*, ciencia ó sistema de los fines.

bien por una mezcla de ser y no ser, teniendo de consiguiente las esencias universales ó las *ideas* como algo distinto fuera y por encima de sí. El dualismo platónico estriba en el convencimiento de que la esencia de una cosa tiene valor universal y es igual á sí misma en todos los momentos, mientras que todo cuanto percibimos con los sentidos está sujeto á incesante mudanza. Nuestros sentidos no perciben sino apariencias perecederas, fugaces y caducas, al paso que nuestro pensamiento aprehende lo inmutable, permanente y esencial de las cosas. Si esto es lo verdaderamente existente, el mundo de las apariencias es lo nulo como no existente, ó cuando más la nada relativa, por lo cual distinguimos dos mundos: el de las ideas ó de lo existente, y el de la materia ó de lo no existente ó lo relativamente no existente. "Familiarizado desde la juventud, dice poco más ó menos ARISTÓTELES, con CRATILO y la doctrina heraclítica, que todo lo sensible se halla en continuo flujo y no puede ser conocido, PLATÓN permaneció también en adelante fiel á esta opinión, pero se apropió al mismo tiempo la filosofía socrática, que con exclusión de las cuestiones naturales se ocupaba en investigaciones éticas, para con ellas llegar á conceptos bien definidos. De este modo PLATÓN llegó á opinar que la especulación se refería á otra cosa que no á lo sensible, y llamó á esta especie del *sér ideas*, de las cuales las cosas sensibles participaban solamente. Este término "*ideas*", no es sino una expresión modificada de la doctrina pitagórica de que las cosas son imágenes de los números. A más de esto, PLATÓN asignó también las causas del bien y del mal al uno y al otro de sus dos elementos, lo "uno", y la materia respectivamente, en lo cual ya le habían precedido EMPÉDOCLES y ANAXÁGORAS".¹ Estas son las palabras de ARISTÓTELES. Conócese en seguida que en la doctrina ideológica de PLATÓN rescuita la eleática de que el *sér* suprasensible es el único verdaderamente real. La idea es la esencia determinada ó el *qué* de las cosas, lo verdaderamente real en lo accidental é individual que se descubre á los sentidos, lo único que queda igual á sí mismo en medio de lo vario. De la misma manera aquel pensamiento que ya se reveló en el *veo* de ANAXÁGORAS, de que el momento más importante y más influyente de las cosas excedía y era superior á la materia, y por tanto no debía buscarse en el aspecto corpóreo por donde se manifiestan las cosas, resplandece con luz clarísima en la ideología de PLATÓN. No por esto descuidó el momento menos importante, el mecánico. Respecto del estudio de la naturaleza, PLATÓN distin-

¹ *Metaph.*, I, I, cap. VI y I, 13, cap. IV.

gue en un lugar muy digno de ser notado¹ las dos tendencias que se deben completar mutuamente. Recordando el *veo* de ANAXÁGORAS, exige que se haga ver cómo todo es bueno y ordenado en el mundo, gracias á este su inteligente autor, debiendo ser el primer objeto del verdadero conocimiento de la naturaleza, demostrar á qué fin todos los diferentes procesos naturales se realizan de esta y no de otra manera, si bien por otro lado la realización de todo fenómeno natural está ligada á ciertas condiciones y á determinados medios. Muchos, dice PLATÓN, cometen un error grande en dejar del todo de explorar aquellas causas más profundas que han alegado antes, contentos con fijar las condiciones del efecto y los diferentes elementos y las diversas formas de movimiento.

90. Preséntasenos en la idea platónica una nueva especie de causalidad. Según PLATÓN, las cosas no *son* del todo sino en cuanto en ellas se ofrece como objeto de nuestro pensamiento un carácter delineado por términos claros, y siempre igual á sí mismo, pues sólo así están resguardadas del torbellino de lo que está en vías de ser (*fiere*), que siempre varía, y sólo así es posible adquirir una noticia verdadera de las cosas. El substratum de aquello que se está haciendo, y aquello mismo que está en vías de hacerse, no *son* en el sentido íntegro de la palabra. Á aquello, pues, por lo que *son* las cosas, llama PLATÓN idea. Así como la idea en la cabeza del arquitecto es la causa por qué esta casa *es*, PLATÓN busca en las "*ideas*", la causa de todo orden, de toda permanencia y de toda diferencia ordenada. Todas las cosas son dominadas de la idea del bien. Como el sol produce la vida y el crecimiento en el mundo visible, y al mismo tiempo lo ilumina todo, así en el mundo suprasensible el bien es la fuente de todo *sér* y á la vez de todo conocimiento. La idea del bien es la verdadera causa y fuerza eficiente del mundo. En cuanto á la manera de obrar esta causa, PLATÓN nos ofrece explicaciones parte ininteligibles, parte manifiestamente erróneas, cuya exposición nos interesa poco para el asunto que nos viene ocupando. También podemos desentendernos de otros defectos del sistema doctrinal de PLATÓN, Creemos, sin embargo, que debemos llamar la atención sobre un desacierto de consecuencias más graves que las que callamos. La enérgica acentuación de las "*ideas*", ha inducido al espíritu de PLATÓN á separar la esfera del "*sér*", completamente de la del fenómeno, y á levantar una barrera insuperable entre el mundo del pensamiento y el de la percepción sensitiva, cual si fueran regio-

¹ *Phaedon*, 97 b.—99 c.

nes cuyos habitantes se aborreciesen unos á otros con odio de raza. PLATÓN no por esto dejó de ser filósofo natural. Cuando se le pregunta qué ponía al hombre en contacto con el reino de la verdad y del sér real, responde que cada alma traía de aquel mundo superior cierta provisión de ideas á esta existencia terrenal. Allá arriba, en el mundo de las ideas, dice, el alma encontraba antes su felicidad en la contemplación de las ideas; el pecado lo arrojó á este mundo corpóreo, que la tiene como encarcelada: borrado en ella el conocimiento de las ideas, cuya contemplación era su deleite, lo que aprende en las ciencias no es sino la evocación de recuerdos de conocimientos que poseía ya en su antiguo estado de virtud.

Ahora vengamos al discípulo más célebre de PLATÓN: ARISTÓTELES.

91. El Estagirita inaugura el segundo período de la filosofía natural griega, y él también la lleva en seguida á la cumbre de su perfección. Mas antes que tracemos aquí los rasgos principales del sistema doctrinal de ARISTÓTELES, nos permitiremos echar una ojeada atrás para examinar el inventario de las consideraciones que hasta ahora llevamos hechas. La filosofía de Jonia nos ha proporcionado la idea de la materia homogénea, indefinida, aunque sensible, de la cual todo se había hecho en la naturaleza. HERÁCLITO ve la esencia de las cosas en una *generación* continua que extiende su dominio por todas partes. Los pitagóricos atendieron al principio de determinación que ordena todas las cosas materiales, el cual vén exclusivamente en el valor de los *números*. Los eleatas ponen en el primer término de la especulación el concepto del *sér*. Como entonces se volviese, por oposición á los eleatas, á reconocer la realidad del mundo sensible y á examinar con mayor determinamiento las razones de las cosas, EMPÉDOCLEES fija su atención en los elementos invariables por sí, en los cuales ciertas fuerzas motrices producen las variaciones, y no sin hacerse cargo de la *ordenación al fin* que rige en los dominios de la naturaleza, aunque cree poderla explicar por razones meramente mecánicas. ANAXÁGORAS da un gran paso, explicando esta ordenación por la intención final de un principio inteligente que conduce cada cosa á su fin. DEMÓCRITO insiste en la realidad de los procesos que se efectúan en el mundo de los fenómenos, y enseña que el *movimiento* hace el papel más importante en la parte material de los mismos. SÓCRATES finaliza el período de los sofistas, tratando de mostrar por qué vías nuestro conocimiento puede llegar á lo verdadero y existente, objeto de nuestros actos intelectuales. PLATÓN pondera la realidad de este objeto, oponiéndola á la caducidad de las apariencias sensibles, y enseñando un dualismo completo entre

el mundo de las ideas y el de los sentidos regido por aquél. Ahí tenemos, pues, las nociones fundamentales con que desde aquel tiempo toda filosofía positiva se ha ocupado, y más allá de las cuales nunca ha podido pasar. Cada una de ellas peca de parcial y exclusiva dentro del sistema que caracteriza, y todas ellas son entre sí antítesis inconciliables.

92. VINO ARISTÓTELES, y dirigiendo el pensamiento humano á la naturaleza real, dió la más maravillosa armonía á las conquistas intelectuales que el espíritu griego había hecho entre tantas fatigas y derrotas, constituyendo una filosofía que ha probado su solidez durante dos mil años, y que refinada y detallada por los grandes maestros de la Edad Media, particularmente en su parte metafísica, surge aun en nuestro tiempo cual misterioso poder legado á la Edad moderna por los tiempos antiguos, para presentarse, después de tantos y tamaños progresos de la investigación científica, como única fuerza salvadora en la vergonzosa bancarrota del pensamiento humano. ARISTÓTELES consiguió este triunfo principalmente porque demostró la nulidad de la distinción violenta que Platón había establecido entre el mundo real y el de sus ideas; probó por la observación diligente de la naturaleza, que lo ideal y lo real están unidos en cada ente natural, formando una unidad substancial, y recordó que el único camino seguro para llegar al mundo ideal es la consideración de la naturaleza visible. No está la idea más allá de la materia, sino en la materia misma se halla la *forma* inmanente que le da su constitución y le prescribe sus leyes. El ser individual, después de constituido por la forma, es el término de toda acción y generación en la naturaleza, y al mismo tiempo el punto de partida para nuevos procesos de actividad productiva. De esta manera las *formas* son las razones de ser de todas las cosas, siendo enteramente distintas de la materia, simples é inmateriales de suyo, aunque moran y actúan dentro de la materia, y no se eximen por tanto de la influencia de la diferente composición en que ésta se halla. Al cooperar la forma con la materia para originar el individuo total, no ejerce influencia ninguna en la materia, sino que entregándose á ella la determina, pareciéndose en esto la forma natural á la artística. La realidad de la materia y de todo este mundo vasto y poderoso en el tiempo y el espacio, está asegurada en esta teoría. El punto ideal de partida que la matemática de las leyes naturales posee en la naturaleza de las cosas mismas, está averiguado. La generación constante, el desarrollo continuo de las cosas está ya libre de toda contradicción. Con el principio ideal, el sér permanente, está hecha la esencia íntima de las cosas, y el hombre pensador puede sin recelos tomar la naturaleza visible por objeto de una

ciencia verdadera. Como las cosas son gérmenes de nueva actividad y producción, están dotadas de todas las cualidades, fuerzas y capacidades necesarias. La locomoción no pierde su poderosa importancia en todo proceso natural. Del mismo modo que las series de la evolución que en el seno de la naturaleza se cruzan y se entretajan, arrancan de un movimiento primero, que mueve sin ser movido, así la asombrosa conveniencia y más aún la tendencia teleológica que las cosas mismas manifiestan, señalan el *vois* (inteligencia) infinito de aquel primer autor del mundo, que es á la vez su último fin.

Si bien ARISTÓTELES ofreció numerosos elementos para la demostración teleológica de Dios, no la ha desenvuelto en ninguna parte en toda su plenitud. Otros encadenamientos especulativos sin embargo, han sido continuados por él hasta su término supramundano. Cuando enseña que todo lo que es se vuelve real después de haber sido sólo posible, bajo la influencia de una realidad existente, advierte como consecuencia que al conjunto de todo lo que se ha vuelto real, le precede otra realidad, y luego concluye que la serie de las realidades, en la cual cada una es la condición de la posterior, debe hallar su término y la última condición de todas ellas en una realidad que por no haber sido hecha no dependa de ninguna otra, sino que sea el principio activo de todo lo hecho¹. Partiendo del movimiento en el mundo, y guiado de la cadena de las cosas que han recibido de otra el impulso que ellas imprimen á la siguiente, sube al motor supremo, que sin ser movido él mismo mueve á todo lo demás.

Recordemos también con pocas palabras, que el concepto de la substancia fué puesto por ARISTÓTELES en el lugar que en la naturaleza le corresponde. Según PLATÓN, la substancialidad estaba en las esencias universales é ideas que las cosas tenían fuera y por encima de sí, como algo distinto de ellas. El Estagirita ve con razón en esta separación de las cosas de su concepto esencial, el defecto capital de la ideología platónica. Lo universal por sí no existe. Si lo universal, empero, no subsiste por sí, tampoco puede ser *substancia*. La substancia es el sér en el sentido primitivo, el substratum que sustenta otro sér. No teniendo ahora lo universal su existencia sino en los individuos de los que se enuncia, sólo estos individuos son aquel principio subsistente por sí, al cual corresponde primitivamente el nombre de substancia. Mas bastante hemos dicho sobre esta materia.

No pocas veces se ha llamado platonismo en los tiempos re-

¹ L. 9. met. cap. 8.

cientes al sistema de PLATÓN y ARISTÓTELES, en cuanto mantiene la realidad de lo ideal; así LIEBMAN ha establecido la anátesis del platonismo y del darwinismo. Aquel es proscripto porque conduce á Dios, y este es puesto en las nubes porque se ve en él la base del ateísmo. Para nosotros, la ciega enemistad hacia Dios, aunque alimentada como sistema en nuestros adelantados tiempos, no es motivo suficiente para que abandonemos el platonismo como si no mereciese siquiera los honores de la discusión. Mas si el sistema aristotélico ha de servirnos de clave para juzgar las ideas capitales de las diferentes síntesis y filosofías naturales, nos parece oportuno estudiarlo aun algún tanto más exactamente en sus puntos más salientes é importantes, tal como fué concebido y desarrollado por los pensadores escolásticos de la Edad Media católica.

§. V

Aristóteles y la filosofía de la Edad Media.

93. Durante el período de los Emperadores romanos de Occidente, el interés por los escritos aristotélicos sobre física y filosofía natural, había ido menguando más y más. BOECIO, á quien había tocado la tarea de conservar para el Occidente los restos de la antigua civilización y ciencia á través de las tempestades concitadas por los bárbaros invasores del Norte y del Oriente, no estimó en ARISTÓTELES sino al maestro de dialéctica. Las escuelas de la Edad Media debieron los escritos lógicos á sus traducciones, habiendo de llegar á sus manos por otro camino las demás obras del Estagirita. Desde el siglo quinto, la filosofía aristotélica florecía entre los siríacos nestorianos, siendo propagada por ellos á Persia después de la destrucción de la escuela de Edessa. De ellos la recibieron los árabes, cuando el imperio de Mohamed se extendió por Siria y Persia, formando desde aquel tiempo las nociones y doctrinas aristotélicas un elemento importante de la civilización árabe. Los árabes á su vez transmitieron su conocimiento al Occidente cristiano, que hasta entonces no tenía noticia sino de las obras lógicas de ARISTÓTELES¹.

Cuando por la intervención de sabios judíos y árabes, el Occidente cristiano llegó á conocer los escritos físicos, psicológicos, metafísicos y éticos de Aristóteles, esto equivalió para los sabios al descubrimiento de un nuevo mundo. La gran labor que les tocó, fué introducir el material antiguo, de repente aumentado en

¹ Esto y lo siguiente según la excelente obra del Barón de Hertling: *Alterius Magnus*, Koeln, 1880. Nos permitimos, sin embargo, algunas modificaciones de apreciación.